

# EL PANORAMA.

## D. PEDRO EL CRUEL.

(Conclusion.)

No se sabe como murió la reina Doña Blanca. Algunos aseguran que fué envenenada por su médico, de orden de D. Pedro. Francia y España lloraron aquella catástrofe, y los enemigos del Rey, en uno y otro país, juraron vengarla.

Las armas de D. Pedro triunfaban entretanto de los aragoneses. Se apoderó de Borja, Aranda, Tarazona, Teruel, Segorbe, Jérica y Murviedro; y fué á acamparse delante de las murallas de Valencia, de donde tuvo que retirarse, debilitado su ejército á causa de las considerables guarniciones que había tenido que poner en las plazas ganadas.

Enrique de Trastámara, coligado de nuevo con los aragoneses, y favorecido por los franceses, continuaba en sus proyectos de usurpacion. Presentáron batalla otra vez cerca de Valencia, y se retiró nuevamente D. Pedro, embarcándose y poniéndose al frente de sus fuerzas navales, que fueron maltratadas por una tempestad en que le faltó poco para perecer.

Los amigos de Enrique le reclutáron en Francia jentes de guerra, que, despues de restablecida la buena armonía entre ingleses y franceses, eran peligrosos en aquel país. Buscósele un jeneral, y recayó la eleccion del monarca frances en un soldado valiente llamado Bertran du Guesclin, noble de Bre-

taña, de irregulares y turbulentas costumbres; hombre cuya mas familiar diversion consistía en andar á estocadas. Púsose al frente de considerable número de guerreros desbandados, bien que se diesen los honores de jefe de la expedicion á Juan de Borbon, conde de la Marche, pariente de Blanca.

Grande fué la alegría de los aragoneses al saber que venian treinta mil hombres en socorro de Enrique de Trastámara. Este y el Rey de Aragon se adelantáron á recibirlos, hicieronles agasajos y obsequios, y Bertran du Guesclin fué investido entónces de la dignidad de Conde de Borja.

Partió el ejército frances á invadir los dominios de D. Pedro, dirijiéndose desde Zaragoza á Calahorra que abrió sus puertas á los invasores, ya capitaneados por Enrique, el cual hizo su entrada en triunfo y recibió los honores de Rey, cuyo título afectaba repugnar. Du Guesclin le determinó á tomarlo, y luego que se alzó en nombre de Enrique el Real Estandarte, dió á Du Guesclin el Ducado de Trastámara, haciendo otras muchas mercedes á los principales Señores de su séquito. Marchó en seguida sobre Búrgos, tomando al paso á Navarrete y Briviesca. D. Pedro abandonó á los Burgaleses, diciéndoles al partir que les dejaba en libertad de admitir á Enrique, en caso de serles imposible la defensa. Saliéron al encuentro del invasor los diputados de la ciudad, y le invitáron á hacer en ella su entrada y ceñirse solemnemente la corona, asegurándole que despues de verificada esta ceremonia le reconocerían por su rey y señor. Entró en efecto, y fué coronado en la iglesia del

Monasterio de las Huelgas en abril de 1366. La mayor parte de Castilla siguió el ejemplo de Burgos: el reino de Leon se entregó igualmente, y en el espacio de veinte y cinco dias tuvo Enrique tantos estados como D. Pedro, que, abandonado tambien Toledo, buscó un asilo en Portugal, y despues en Galicia, recurriendo por último al Príncipe de Gales, gobernador entónces de las provincias francesas cedidas á Inglaterra por el tratado de Bretigny. Enrique licenció su ejército, conservando mil y quinientos hombres de caballería y algunos de los principales Señores franceses, como tambien á Bertran du Guesclin. Todos los demas salieron de los dominios conquistados, llevando buenas recompensas por sus servicios.

El Príncipe de Gales se declaró protector de D. Pedro. Era el mejor jeneral y el hombre mas honrado de aquellos tiempos. La Francia entera habia doblado delante de él su cerviz; pues en los campos de Poitiers, al frente de solos diez mil hombres, derrotó cincuenta mil enemigos, haciendo prisionero al rey Juan.

D. Pedro estaba en Burdeos: reunióse el ejército auxiliar, compuesto de ingleses y navarros: Francia y Aragon enviaron refuerzas á Enrique: hubo conferencias por medio de embajadores, y no pudiendo concertarse los intereses de los dos hermanos, se determinó apelar á la decision de las armas, por medio de una batalla que se dió cerca de Nájera.

Acometiéronse unos á otros con el mayor furor, y D. Enrique peleó valerosamente, pero con poca fortuna, quedando sus jentes arrolladas. Huyó en seguida á Francia, y D. Pedro se vió por entónces victorioso y sin rival. Es digno de notarse que el coronista Pero Lopez de Ayala, que escribió la vida de D. Pedro, fué él que llevó en la batalla de Nájera el pendon de D. Enrique.

Solicitó este de nuevo el auxilio de poderosos Señores franceses que en union con aquel monarca le favorecieron para emprender otra expedicion; y volvió á España, siendo recibido en muchas ciudades con solemnes aclamaciones. D. Pedro que se habia retirado á Andalucía aprestó sus huestes y vino sobre Montiel, villa de la Mancha. El de Trastamara abandonó el cerco de Toledo, en cuya ciudad conservaba todavía D. Pedro muchos partidarios, y marchó al encuentro del Rey de Castilla. Reuniósele en Orgaz Bertran du Guesclin con seiscientos hombres de caballería últimamente llegados de Francia, y habiéndose avistado los dos ejércitos cargó el de Don Enrique con tal ímpetu que, desbaratado el campo de D. Pedro, tuvo este que acogerse al castillo de Montiel. Dióse la batalla en miércoles 14 de marzo de 1369.

D. Enrique sitió á su hermano, el qual trató de escaparse del castillo, haciendo grandes promesas á Bertran du Guesclin, si queria favorecerle en su desgracia. Bertran refirió á Enrique la solicitud de Don Pedro, que fué engañado por ambos, concertando que saldría de la fortaleza y se ampararía de la hospitalidad del frances. Apenas hubo entrado en la tienda de Bertran, se le presentó D. Enrique armado. Uno de los caballeros franceses le dijo: es es vuestro hermano; á lo que D. Pedro, con grave continente, contestó: yo soy. D. Enrique tiró de su daga y le hirió en el rostro: viniéron despues á las manos, y D. Pedro cayó encima del agresor. Bertran tomó parte en aquel combate personal, y con su auxilio quedó debajo D. Pedro que espiró á los repetidos golpes de la daga de D. Enrique, en 23 de marzo del año indicado, á los treinta y cuatro y siete meses de su edad. Reinó diez y nueve años ménos tres dias.

Depositóse su cuerpo en la iglesia de Santiago, de la villa de Alcocer; y por

mandado de D. Juan el Segundo fué trasladado al Convento de Monjas de Santo Domingo, de Madrid.

## LOS CRUZADOS EN VENECIA,

### ó la fingida Emperatriz.

(Continuacion.)

#### LA TRANSACCION.

Enrique Dandolo se adelantó á saludar con afabilidad á los principales caballeros, escoltado de un séquito brillante y numeroso. Varios oficiales de la república llevaban grandes bandejas, destinadas á recibir el precio convenido por el pasaje de los cruzados; pero las delicias de Venecia habian agotado todos sus recursos. Apenas se encontraron algunos pocos marcos de plata que varios judíos venían á reclamar al mismo tiempo, con los intereses devengados por sus préstamos. Entónces el Marques de Montferrat, quitándose del cuello un gran collar de oro, presente del Rey Felipe Augusto, lo puso en una de las bandejas, y suplicó á sus amigos y compañeros que le imitasen. El Conde de Blois se despojó de las espuelas doradas; Montmorenci, Balduino y el Conde de S. Pablo entregaron su vajilla: los barones y caballeros, hasta los mas pobres peregrinos, dieron cuantas alhajas conservaban; declarando todos estar prontos á vender hasta sus caballos de guerra, aunque tuviesen que combatir á pié con los sarracenos, ántes de renunciar á la empresa en que estaban noblemente empeñados. A pesar de esta general decision, faltaron aun para

completar la suma treinta y cuatro mil marcos de plata.

El Dux, queriendo sacar partido de las circunstancias, que le ofrecían una coyuntura tan favorable, habló á los suyos en los términos siguientes:

— Señores, estas jentes no pueden satisfacernos por completo lo que nos han prometido: pero aunque sea verdad que con arreglo al contrato, cuyo cumplimiento no es asequible para los peregrinos, pertenece á la república, de legitimo y pleno derecho, cuanto han entregado, pues pierde aquella sus gastos de preparacion, no sería decoroso á los Venecianos usar de rigor semejante. El rey de Hungría nos ha tomado á Zara en la Esclavonia: Zara, una de las mas fuertes ciudades del mundo, cuya conquista nos será fácil con la asistencia de estos caballeros. Propongámonos si quieren ayudarnos en tan importante como honorífica expedicion, á condicion de concederles plazo para la entrega de los treinta y cuatro mil marcos de plata restantes, hasta que el Todo-poderoso, por nuestras comunes conquistas, les depare los medios de satisfacerlos.

Apénas hubo hablado el Dux, un sordo rumor se hizo sentir entre los peregrinos. Impacientes algunos por combatir blandian al aire las lanzas, en señal de aceptar, y alabando la jenerosidad del anciano Enrique: otros, que penetraban con mayor perspicacia en los arcanos de su política, se opusieron abiertamente, alegando que la ciudad de Zara era de cristianos y no de musulmanes; y que estando bajo la inmediata dependencia de la Santa Sede vibraría contra ellos la Iglesia sus censuras fulminantes, y se harían dignos de la eterna condenacion, si las armas empuñadas por la gloria de Dios servían contra los verdaderos creyentes.

El dia siguiente era domingo, y la mayor parte de los Señores Venecianos y Ca-

halleros de la cruzada se hallaba reunida en la iglesia de S. Marcos para asistir al santo sacrificio de la misa. Antes de principiarse esta, subió el Dux al púlpito, y dirigiéndose á los magnates de Venecia les habló así:

— Señores: soy viejo, estoy ya muy débil, y tengo necesidad de reposo. Sin embargo, reconozco que nadie os conducirá mejor que yo en la empresa de Esclavonia, ya que aun me honro con el título de vuestro Dux y Señor. Si queréis permitirme, pues, que tome la cruz, marcharé á vuestra cabeza; mi hijo velará entretanto por la conservación del Estado: partiré gustoso á morir con vosotros y los peregrinos bajo las murallas de Zara, ó reconquistar la perdida ciudad, adquiriendo á Venecia nuevos timbres que la hagan digna de eterno renombre.

Terminada esta pequeña arenga, no se oyó mas que un grito jeneral: ¡Venid! Venid!

Dandolo bajó del púlpito, y se encaminó al presbiterio, donde arrodillado, y arrasado en lágrimas sus ojos recibió la cruz con toda solemnidad, pidiendo que se la colocasen sobre un alto sombrero, para que pudiese ser mejor vista de todos. Los Señores Venecianos se cruzaron tambien á porfia despues del Dux, é hicieron ó manifestaron hacer desde entónces causa común con los peregrinos franceses. La flota, terminados en breve todos los preparativos necesarios, estuvo á pocos dias en disposición de transportar el ejército á Esclavonia.

Al desplegar las velas se presentó á bordo del vaso que montaba Enrique Dandolo un peregrino en solicitud de pasaje. Llamó la atención de su Alteza porque no era soldado, ni caballero, pero ni llevaba dalmáticas, ni cota de malla, ni coraza, ni yelmo, ni espada; sino solamente un laúd, que pulsaba con maravillosa maes-

tría, pendiente de su cuello. Anunciaba tristeza su semblante, y presentaba en su frente honda cicatriz de reciente herida. El Dux, noticioso de que Montferrat lamentaba la pérdida de un cantor, quiso que el pasajero fuese trasladado á bordo de la embarcacion del Marques, pero aquel postrándose á los pies de Enrique, suplicó se le prometiese hacer el viaje en el navio ducal y así le fué concedido.

## ESCLAVONIA.

Quando la flota veneciana saludó los muros de Zara; Guido de Cernay, que á su pesar tuvo que ser de la partida, arregó enérgicamente á los caudillos franceses, persuadiéndoles á no intentar ataque contra aquella cristiana ciudad. Les presentó una bula que acababa de expedirle Inocencio tercero, y concluyó prohibiéndoles en nombre del Sumo Pontífice tomar parte en los negocios de la República, pues con tan diferente designio habían recibido todos ellos la cruz. Pero el Dux, sin permitir que Guido de Cernay terminase su peroracion, dijo á los peregrinos: Señores, vuestros tratados con la república de Venecia os obligan á auxiliarnos en esta jornada: os intimo que cumplais lo que prometisteis, y que me sigais, hasta enarbolar sobre los baluartes de Zara el pendon de S. Marcos.

La palabra empeñada pesó mas que todas las otras consideraciones: la ciudad fue batida en brecha por espacio de cinco dias y al fin se rindió á discrecion. Los soldados y caballeros de la flota la saquearon á su placer, sin que los jefes pudiesen atajar las prolongadas demasías, y los excesos de todo jénero á que se entregaron, llevando por calles y plazas en la

puntas de sus ensangrentadas lanzas, la violencia, el terror y la muerte.

Los desgraciados habitantes de la devastada ciudad, en medio del atroz y general pillaje, y á través de las voraces llamas que consumían muchos edificios, imploraban, aunque en vano, la piedad de los enloquecidos vencedores. Las banderas cristianas, reliquias de las iglesias, que sacaban procesionalmente por las calles para contener el furor de la soldadesca desenfrenada, fueron bárbaramente atropelladas por los venecianos y franceses. Euvanecidos con la victoria: insufribles en su armada preponderancia: enriquecidos á favor de la rapiña y con el auxilio de los puñales, embriagados de vino y de sangre asesinaban sin piedad al púrvulo y al anciano, violaban las vírgenes á presencia de sus padres, las casadas delante de sus maridos. Todo les parecia lícito imaginándose haber desembarcado en tierra de sarracenos, y estar peleando con los enemigos de la cruz que llevaban sobre sus vestidos, vilmente prostituida á excesos y torpezas sin ejemplo. Entretanto el Dux de Venecia tomaba posesion del puerto y territorio con toda pompa y solemnidad.

### EL FUJITIVO.

Yaoud, temiendo las resultas del secreto enlace del Marques de Montferrat con la supuesta emperatriz, y seguro de que Enrique Dandolo le hubiera mandado enlodar con la misma fría impassibilidad con que mandaba recompensarle sus viles servicios, determinó abandonar el suelo veneciano; y tomó tan perfectamente sus medidas, que cuando los criados del Marques se hubieron levantado á los agudos gritos de su señor ya estaba Margarita en

una góndola. Como Zara pertenecía entonces á los húngaros, le pareció lo mas seguro emprender su viaje á esta ciudad; y sirviéndose de la proteccion del Dux, y de los medios que le habia facilitado, huyó sin pérdida de un solo momento, con la despechada princesa que lloraba perdidos el amante y el esposo. El cariño la recordaba hasta en sus sueños el laud de Pablo; y la ambicion ponía á cada instante delante de sus ojos la corona recamada en la cubierta de la mesa de la sala de armas del Marques.

En la desastrosa confusion que reinaba por todas partes dentro de Zara, confinados el padre y la hija al mas oscuro y retirado rincon de su casa, y abrazados el uno al otro temblando por su vida, dirijian al cielo votos fervorosos para escapar á la espada de los enfurecidos guerreros venecianos y franceses. Varios edificios inmediatos eran presa de las llamas; y los ayes lastimosos de una multitud de víctimas que perecian en el incendio resonaban mezclándose con los gritos desentonados de los invasores, y con el estrepitoso crujido de las armas. Yaoud, desesperado por intervalos, se mecaba la barba en el acceso de una rabia impotente. Margarita abismada en llanto y dolor arrojaba al suelo las ricas pedrerías, regalo del Marques, y rasgando sus preciosas vestiduras para justificar la predicion de Pablo, no se ocupaba sino de su cercano fin; pues aquel asilo poco seguro debía ser próximamente descubierto.

Los cruzados penetraron por último en él, y Yaoud corrió á sentarse sobre la ferrada caja depositaria de su tesoro, entretanto que Margarita en el ángulo mas lóbrego del aposento velaba con sus manos y con las prolongadas trenzas de sus cabellos su desencajado rostro.

El Marques de Montferrat, á quien por una casualidad fatal llamó hacia aquel pa-

raje la furiosa é implacable gritaría de sus soldados, se precipitó espada en mano dentro de la casa, todo cubierto de polvo y de sangre.

Al reconocerle Margarita se arrojó con un grito de terror á los pies del enfurecido caballero.

(Se concluirá.)

TRAJES DEL SIGLO XII  
EN FRANCIA.



SOBRE EL ORIGEN DEL ARTE DE ESCRIBIR.

Pocas luces tenemos acerca de los medios primitivamente empleados para re-

presentar con caracteres escritos nuestros pensamientos.

Se ignora si los antiguos griegos conocieron los jeroglíficos; en su historia no se hallan datos para suponer que los usasen.

Cadmo, según los mas acreditados Historiadores de la antigüedad, fué el inventor del alfabeto, bien que algunos atribuyen este honor á Cecrope. Ni faltan críticos en nuestros tiempos que aseguren haberse practicado la escritura alfabética ántes de Cadmo por los Pelasgos; pero yo creo que la sola comparacion del alfabeto fenicio con el griego basta para convencerse de que el arte de escribir se debe á Cadmo en la Grecia, puesto que los caracteres griegos son los fenicios trazados de derecha á izquierda.

El antiguo alfabeto fenicio, importado en Grecia por Cadmo, era muy defectuoso: terminaba en la *Thau*, y se completó despues con la *Upsilon*, la *Phi*, la *Psi*, &c. Dicen algunos que Cadmo no usó mas que diez y seis letras; y atribuyen la invencion de las otras á Palamedes, Simonides y Epicarmo.

Los antiguos griegos trazaban sus líneas de derecha á izquierda, y de izquierda á derecha, alternativamente, y á esta manera de escribir daban el nombre de *Boustrophedon*, es decir *escritura en surcos*. Como en aquellos tiempos se escribía grabando los caracteres en materias mas ó ménos duras, pero siempre resistentes, y por tanto no era posible escribir *de corrido*, pudo ser casi indiferente principiar en un sentido y continuar en otro.

La escritura *Boustrophedon* subsistió en Grecia por largo tiempo: así se escribieron las leyes de Solon, publicadas por este gran lejislador 594 años ántes de la Era cristiana; y aun se han descubierto inscripciones del mismo jénero que pueden referirse á los años 460 y 500 ántes de J. C.

Conociéron en fin las ventajas de escribir siempre de izquierda á derecha; y este sistema se atribuye á Pronapides (tenido por maestro de Homero) bien que tardase mucho tiempo en generalizarse, aban-

donándose enteramente el primitivo método.

## AMBAS Á DOS,

POR D. MARIANO ROCA DE TOGORES.

ROMANCE PRIMERO.

### LAS CAÑAS.

Arde en fiestas y alborozo  
La ciudad reina del Turia,  
Y solo jime entre tanto  
Aquel á quien se tributan.

Por entre blancos azahares  
Que el fresco ambiente perfuman,  
Mil egrejos caballeros  
Corren parejas y justan.

Y tales brutos cabalgan  
Cubiertos de oro y espuma,  
Que pone zelos Valencia  
A las playas andaluzas.

Sobre un torcillo rodado  
El Comendador de Cullar,  
Ostenta un mote que dice:  
"Mi Dios, mis fueros, mi cuna!"

¡Qué bien su jenio zeloso  
En la celeste montura  
Muestra, y en el torvo ceño  
El señor de Benejúzar!

Su fiero pótro morcillo,  
Porque su blason reluza  
Como en las noches de Enero,  
Sujeta el conde de Lona.

Y con los trenques de plata,  
Y de esmeralda las frutas,  
Un bravo alazan aguija  
Don Guillelmo de Pectusa.

Mas á los viejos guerreros  
Fué contraria la fortuna,  
Que como es mujer, al cabo  
A un nuevo galán adula.

Vicen Mercader se llama,  
Apéna el bozo le apunta,  
Que para estrenar el casco  
Cortó la guedeja rubia.

Lleva en su adarga de güles  
Tres pesas de oro muy justas,  
Y *Ni res li fall* por mote  
Explica nombre y alcurnia.

Y á fe que miente la letra,  
Que en que le falta no hay duda  
El corazon pues lo ha dado  
A la heredera de Alcudia.

De tamaña jentileza  
Que se moviera disputa,  
Si no tuviera una hermana,  
Que Dios hiciera otra alguna.

Hijas son las dos doncellas  
Del Comendador de Cúllar,  
Hermosas como diamantes,  
Y como diamantes duros.

Al verlas los campeones,  
A fuer de imparciales dudan  
A quien elegir de éntrambas  
Por reina de aquella lucha.

Y en la plaza de palacio  
Entapizada tribuna  
Levantán, y en ella un trono  
Que cubre dos sillas juntas.

Dividen el reino éntonces  
Que la belleza sujuzga,  
Y subdividióse luego  
Su potestad absoluta.

Tanto que ya sus vasallos  
Do quiera encuentran coyundas,  
Hallando en sola Valencia  
Mil reinas de la hermosura.

Al pasar el vencedor  
Tiende sus mantas la chusma,  
Y de la naya vecina  
Mil deidades le saludan.

Hasta el corcel orgulloso  
Sacude el airon de plumas,  
Y vuelve al sol porque brillen  
Sos doradas herraduras.

Y el polvo que deja en zaga,  
Como blanca niebla, oculta

Del escudron envidioso  
Las miradas taciturnas.  
De hinojos está el mancebo  
Donde su amante le juzga,  
Y estas sentidas palabras  
De trémula voz escucha.

«Vencisteis, el caballero;  
»Dios os conceda su ayuda,  
»Y como este lauro agora  
»Os dé mayores venturas.  
»Vuestra es la prez y la gala...»

La voz se apaga y se anuda,  
Mas con los ojos le dice,  
El alma también es tuya.

Mil dulzainas y atabales  
Do quiera éntonces retumban,  
Y los heraldos su nombre  
Pregonan con voces rudas.

Francisco primero en tanto  
Cautivo de la hermosa,  
Olvida que es cautiverio  
Aun el mirador que ocupa.

Y dice al ver aquel lauro  
Que ajenas sienas circunda:  
«Diera por él mis diademas  
»De Francia y Navarra juntas.»

Éntonces ¡ay! suspirando,  
Con trémula mano busca  
En su frente la corona  
Y la espada en su cintura.

Un recuerdo de Pavía  
Todo su semblante anubla,  
Y al balcón vuelve la espalda  
Por no descubrir su angustia.

(El 2.º Romance en el próximo número.)

MEMORIAS DEL CONDE DE ROSTOPTCHINE,

ESCRITAS EN DIEZ MINUTOS.

Capítulo 1.º — *Mi nacimiento.* — En  
1765, á 12 de marzo, vi por primera vez

la luz. Me midieron, me pesaron, me bautizaron. Nací sin saber por qué; y mis padres diéron gracias al cielo, sin saber de qué.

Capítulo 2.<sup>o</sup> — *Mi educación.* — Enseñáronme cuanto había que enseñar. A fuerza de imprudencia y de charlatanismo pasé algunas veces por sabio. Mi cabeza se ha convertido en una biblioteca revuelta, cuya llave conservo.

Capítulo 3.<sup>o</sup> — *Mis padecimientos.* — Sufrí con mis maestros; sufrí con mis sastres que cada día me ponían en una estrechura; sufrí con las mujeres, con mi amor propio, con mis enfados inútiles y con mis recuerdos.

Capítulo 4.<sup>o</sup> — *Privaciones.* — He estado privado de tres grandes placeres: el del orgullo, el del robo, el de la glotonería.

Capítulo 5.<sup>o</sup> — *Épocas memorables.* — A 30 años renuncié al baile; á 40 á mis pretensiones respecto del bello sexo; á 50 á la opinion pública; á 60 al trabajo de pensar. Ahora soy prudente y egoísta; palabras sinónimas.

Capítulo 6.<sup>o</sup> — *Retrato moral.* — Fui obstinado, caprichoso, alegre, perezoso y activo, según las circunstancias.

Capítulo 7.<sup>o</sup> — *Resolucion importante.* — No habiendo podido jamas dominar mi fisonomía, di á mi lengua rienda suelta, y contraí la mala costumbre de revelar lo que pensaba. Esto me procuró algunas satisfacciones, y me creó muchos enemigos.

Capítulo 8.<sup>o</sup> — *Lo que fui, y lo que pude haber sido.* — Fui muy susceptible á la amistad y á la confianza; y á haber nacido en el siglo de oro hubiera podido ser desde luego un buen hombre.

Capítulo 9.<sup>o</sup> — *Principios respetables.* — No he sido casamentero, ni compadre. No he dado mi recomendacion jamas para médicos ni para cocineros. No he atentado, pues, contra la vida de ninguno de mis prójimos.

Capítulo 10.<sup>o</sup> — *Mis gustos.* — He frecuentado algunas amistades; me he paseado por el campo; profesaba una involuntaria veneracion hacia el Sol, cuya puesta me entristecía. Entre los colores prefería el azul; entre los manjares el asado de vaca; en cuanto á bebidas el agua fresca; en los espectáculos la comedia y la farsa; en hombres y en mujeres las fisonomías abiertas y expresivas. Los jorobados de ambos sexos tenían para mí un encanto indefinible.

Capítulo 11.<sup>o</sup> — *Mis aversiones.* — Odiaba á los tontos, á los pícaros, á las mujeres intrigantes que se hacen las virtuosas. Me disgustaba la afectacion. Compadecía á los hombres que se acicalan como las mujeres; aborrecía los licores y la metafísica; y huía con espanto de la justicia y de los perros rabiosos.

Capítulo 12.<sup>o</sup> — *Análisis de mi vida.* — Aguardo la muerte sin miedo, y sin impaciencia. Mi vida ha sido un mal melodrama, de grande espectáculo, en el cual he hecho los papeles de heroe, de tirano, de enamorado, y jamas el de gracioso.

Capítulo 13.<sup>o</sup> — *Recompensas del cielo.* — Mi mayor felicidad consiste en vivir independiente de tres sujetos que rijen la Europa. Soy bastante rico, no trató de política, y la música es indiferente para mí; por consecuencia, nada tengo que ver con Roschild, Metternich, ni Rossini.

Capítulo 14.<sup>o</sup> — *Mi epitafio.* — Aquí yace, para descansar, el cuerpo de un pobre demonio que ha muerto fastidiado.

#### ÉPIGRAMA DEDICATORIA, AL PÚBLICO.

Perro público! Órgano discordante de las pasiones, tú que levantas á los hombres hasta el cielo, tú que los hundes en el lodo, tú que encomias y calumnias sin saber por qué: verdadera expresion de un toque de somaten, absurdo tirano, loco de remate, quinta esencia de los mas sutiles venenos

y de los más suaves aromas: apoderado del demonio cerca de la especie humana, furia con máscara de cristiana caridad...! Público á quien temí en mi juventud, á quien respeté en la edad viril, á quien he despreciado en mi vejez... á ti dedico mis memorias. Amable público! Al fin estoy fuera de tu alcance! He muerto, por tanto soy ya sordo, ciego, mudo. Así te veas tú para descanso tuyo y del género humano!

*El Conde de Rostoptchine.*

## REVISTA DRAMÁTICA.

*El Alquimista*, drama en cinco actos de Alejandro Dumas, últimamente estrenado en París en el Teatro del Renacimiento.

No obstante el título de esta obra, la alquimia figura en ella de un modo harto insignificante. Por mejor decir, no hay aquí otro alquimista que el mismo Dumas, que, no creyendo aun con las advertencias de la crítica, ha fundido en este drama el *Fasio* de Milman, poeta inglés contemporáneo, y otros varios elementos cuya enumeración omitimos.

La acción pasa en Florencia. El Platero *Fasio* trabaja con afán por encontrar el gran secreto. En el primer acto tiene una disputa con su mujer, que se lamenta no solo de la progresiva disminución de sus fondos, mal aplicados con obstinación tan inútil, sino también de los celos que *Fasio* le da, pues ya como buen mozo, ya como alquimista, se lleva las atenciones de todas las damas de Florencia.

En medio del diálogo se oye una deto-

nación terrible: uno de los aparatos del laboratorio de *Fasio* ha reventado con fuerte explosión, y el edificio está ardiendo.

*Fasio* llega por la quiebra de una de las paredes á cierto sibil en que tiene encerrados sus tesoros el avaro *Grimaldi*. Al mismo tiempo entran en aquel aposento *Grimaldi* y su sobrino *Lelio*, entre los cuales hay una escena muy interesante y verdaderamente dramática. *Lelio*, jóven disoluto, va á ser conducido á la cárcel por un acreedor á quien debe quinientos escudos que quiere le preste el avaro usurero. Este lo rehusa, y entónces el sobrino le cuenta la historia de cierto tutor infiel que ha despojado de sus bienes á su pupilo. *Grimaldi* tiembla, pero haciéndose siempre sordo á los ruegos de *Lelio*, es asesinado á puñaladas por este. Comparece *Fasio*, y sorprende al sobrino de *Grimaldi* cuando acaba de cometer el delito que le proporciona recobrar su propiedad, abandonando el resto de los acumulados tesoros en favor del platero.

Entre los muchos convidados que *Fasio* ha reunido en un espléndido banquete, para hacer ostentación de su improvisada fortuna, solo su esposa es la que sabe que su marido no ha encontrado la piedra filosofal; y creyendo que el mejor medio de sustraerle á las caricias de las damas florentinas será arruinarle, delata á *Fasio* ante el magistrado, como ocultador de un tesoro que no le pertenece.

La Justicia descubre el cadáver de *Grimaldi*: *Fasio* es condenado á muerte; pero al pie del patíbulo, se presenta *Lelio* y confiesa su crimen. *Fasio* es restituido á la libertad.

En la ejecución de este drama se ha señalado mucho el actor *Lemaitre*; mas el éxito ha sido muy dudoso.

## DOS DE MAYO.

### Funcion Nacional.



en el Campo de la Lealtad. — Reunion de

**ESTABLES.** — Salva de tres cañonazos al toque de Diana. — Un cañonazo de media en media hora durante todo el dia. — Desde las seis hasta las doce de la mañana Misas

en el Campo de la Lealtad. — Reunion de todas las personas convidadas, en las Casas consistoriales, á las ocho de la mañana. — La Comitiva se dirigirá á pié por las Platerías, Calle mayor, Puerta del Sol y Calle de Alcalá, al Campo de la Lealtad. — El Carro fúnebre conducirá las urnas de Daoiz y Velarde y la de las Víctimas del Pueblo de Madrid. — Solemne Responso



por el Cabildo Eclesiástico. — Tres descargas por la columna de honor. — Otras tres por las tropas y Milicia Nacional. — Quince cañonazos, de ordenanza, por el Cuerpo de Artillería. — La Comitiva regresará por el Prado, Calle de Atocha, Plaza ma-

yor, Arco de Toledo, Calle del mismo nombre á San Isidro. — Recepcion de las urnas por la Excm. Diputacion provincial y por el Excmo. Ayuntamiento. — Misa solemne. — Oracion fúnebre. — Responso con toque jeneral de campanas. — Todas

las Tropas y Milicia Nacional desfilarán | armas á la funerala y banderas arro-  
por delante de la Iglesia de San Isidro, | lladas. —

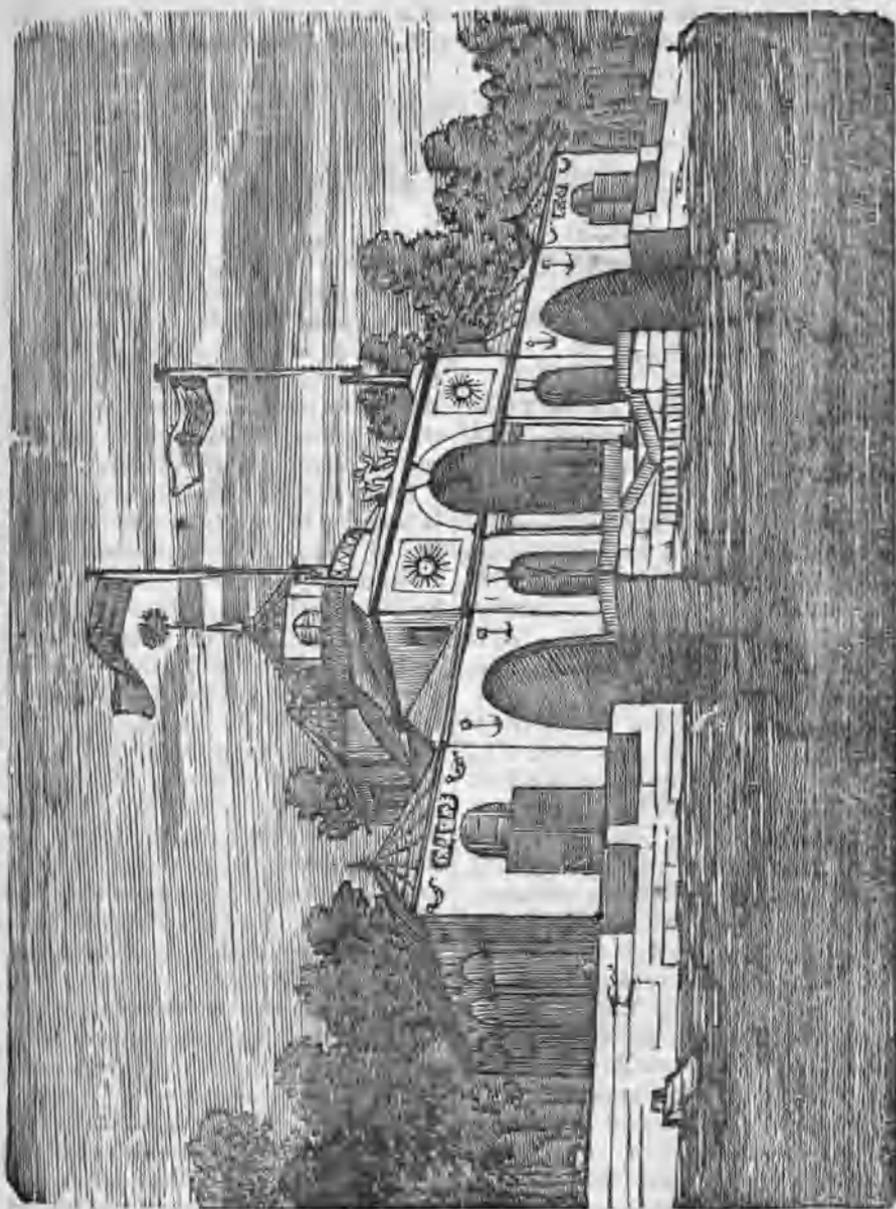


La Sociedad numismática de Madrid, bajo la dirección de los Sres. D. Basilio Sebastian Castellanos, anticuario de la Biblioteca Nacional, D. Francisco Bermudez de Sotomayor, y el escultor D. Nicolás Fernandez, ha ejecutado en metal compuesto la Medalla que dejamos estampada. Se venderá á 8 rs. vellon en el Campo de la Lealtad por los beneméritos Inválidos del Cuartel de Atocha, á cuyo beneficio se ha cedido patrióticamente por la misma Sociedad el producto.

Á NUESTROS SUSCRITORES.

*Palpables son las mejoras hechas en el periódico durante los últimos cuatro meses, época de la Nueva Empresa. Buen papel, buenos tipos, correccion esmerada, amena variedad en los artículos publicados, que por otra parte se ha procurado no fuesen indignos de figurar en el cuadro de la prensa periodística de la Corte; tales son los títulos con que nos presentamos á interesar de nuevo en nuestro favor la benevolencia del público. Los grabados en madera contenidos en este número son tambien notablemente mejores, y tenemos tomadas las disposiciones necesarias para que esta parte tan interesante del periódico alcance toda la perfeccion posible.*

MADRID PINTORESCO.



VISTA DEL GRAN ESTANQUE Y EMBARCADERO, EN EL REAL SITIO DEL BUEN RETIRO.

*Ni nos limitaremos en adelante á dar dos láminas: se darán tres alguna vez, y aun cuatro, procurando formar una serie que con el nombre de MADRID PINTORESCO ofrezca á nuestros lectores lo mas notable de la Capital respecto de edificios, paseos, y objetos de público ornato.*

*Con el número inmediato se dará el cuaderno de la Novela.*



## MIS DESGRACIAS EN UNA TARDE DE TOROS.

Estupenda fué para mí la función! Y no se crea que voy á dar cuenta de lo que pasó en la plaza por lo que respecta á lidiadores y lidiados, diciendo si el primero tenía buen trapío, y si el segundo era brabucon, ni si tal banderillero tomó inoportunamente el olivo, ó si tal picador cayó fuera de regla: nada de eso. No soy el coronista del espectáculo en su parte escénica; y no se me exija responsabilidad por la profanación de esta palabra.

Yo acostumbro comer á las cuatro de la tarde; pero la corrida principiaba á las cuatro y media. Repícar y andar en la procesion no puede ser: pedi á las tres la sopa.

Á la media hora emprendí mi viaje á la plaza. Hacía mucho calor, y fué preciso alquilar un calesín, porque temo sofocarme, y que la blanca tez de mi rostro anjelical se cubra de viruelas, lo cual dejaria en él una huella indeleble y poco ventajosa para mis transacciones de simpatía. Cada cual tiene sus negocios. El calesin era bajísimamente prosaico; voy á describirlo. En la rueda derecha se veían rotós dos rayos que estaban empalmados y sujetos con tornizas: la izquierda presentaba en el cubo bondas quebraduras; y un pedazo de su llanta, del grueso de una línea, era movedizo. Faltábale en la zaga una tabla, la de enme-

dio, no sé si por exceso de prevision de parte del calesero, para evitar travesuras de muchachos. El fuelle tenía desquiciada y sin juego una de las dos eses: el interior, cubierto de cierta tela cuyo nombre, atendido su estado de dejenación, no me atrevo á fijar, ofrecía línea á línea, no que pulgada á pulgada abundante mugre y jirones de todos tamaños: el mullido de la banquetta había desaparecido casi en totalidad, conservándose únicamente dentro de la, tambien ajironada, funda tal cual bedija compacta y dura de secular pelotr. No existía mas que un estribo, torcida hacia debajo de la caja, de suerte que me costó un porrazo y tres deslices el montar. Una de las varas, descabezada sin duda al revolver alguna esquina con falta de tino ó con sobra de jugo de uvas, era un palmo mas corta que la compañera. El caballo, matalon y falso, estaba decidido por el quietismo: el Calesero, que tambien quiero considerarlo como parte integrante del Calesin, no destruía en ninguno de los pormenores de su traza asquerosa la unidad de pensamiento en el cuadro; y me regaló ademas con seis blasfemias lo ménos durante un viaje de cuarenta pasos, por cada una de sus lacras y de las de su malhadado transporte.

Monté en la plazuela de Anton Martín, y, al arrancar en direccion de la calle del Leon, atropellamos á un bollero; la cañasta fué echando demonios; y él tras del calesin jadeando y maldiciendo, abando-

nada á merced de la partida de la candela su tienda portátil con los restos de la mercadería. Alcanzónos delante de la Casa llamada del nuevo Rezado, pero ántes nos había alcanzado con una piedra de treinta y cinco esquinas que conservo para memoria, y la cual hundiendo parte del testero, me probó, ser cierto aquello de: *otras viene quien las endereza!*

Cambióse media docena de puñadas del Calsero por seis cachetes del Bollero; aquellas en lejitima y personal defensa, estos en defensa lejitima, ó sea en desagravio de la propiedad hecha trizas: yo gritaba á mi conductor, este al hombre de los hollos, el hombre de los bollos al conductor y á mí: llegó un alcalde de barrio y se puso á gritarnos á los tres: pasó otro calesin á la sazón, con carga de Manolas, empezó con el mío, dió en tierra con él, y quedamos muy mal parados los cuatro: el de los hollos sacó un cráter volcánico dibujado en la mejilla izquierda, que vomitaba sangre en lugar de lava: el calesero trabó nueva pelea con su cofrade el derumbador: las Manolas se rasgáron mantillas y vestidos, pero siguiéron aunque medio cojas á la plaza; acaso la cojera les sería familiar y en lo familiar nadie se para: yo, pobre de mí, qué habia de hacer? Seguí también, entregado á mi mal signo, y dispuesto á apurar hasta las heces la amarga copa que me tenía preparada en esta tarde que no quisiera recordar; pero ya estaba yo á diez pasos de los volcados calesines, cuando, desasiéndose mi calesero del otro calesero, corrió á agarrarme por el faldo de la levita y dijo con voz aguardentosa: las dos pesetas! — Dos pesetas! — En efecto habíamos convenido en sesenta y ocho cuartos: yo no me acordaba del pacto, y aunque hubiera podido alegar razones para no cumplirlo, saqué mi dinero, pagué, y me fuí. — Falso! No me fuí. Quería irme, pero se me

detuvo segunda vez, diciéndome: caballero, la propia! — *Sacrilego nemico!!!*, exclamé, suponiendo hártó gratuitamente que sería muy del caso empezar mi interpelecion en la lengua del Dante... con que después de haberme expuesto á perecer, pides propina? — Señor, por no perder la costumbre... — Pues pírdala, muy enhoramala para él, repuse yo, amostazado y aun mohino: pírdala, y que con ella se pierda también hasta la memoria de ese infernal carretón que como todos los de su clase figuran todavía para mengua de nuestra ponderada cultura en el catálogo de las carruajes!

De esta vez enderecé á la plaza. Ambos despachos estaban sitiados por multitud ansiosa, en medio de la cual divisé un centenar de personas que seguramente maldicen de los toros toda la semana, ménos el lunes por la tarde. Qué codazos! Qué pisotones! Qué modo de apurar todos los recursos para abrirse camino! Yo, espectador pasivo en aquella jaraña, tuve mis intenciones de tomar parte en alguna de las arremetidas; pero como siempre que trato de divertirme sumo los probabilidades del placer y las de los sacrificios que han de proporcionármelo, restauado de lo mas lo ménos para saber qué me queda en uno ó en otro sentido, hice lo mas conveniente en aquellas circunstancias, es-decir, no hice nada.

Llegó á la sazón un amigo mío, hombre de puños, y quiso á toda costa sacar billetes para los dos. Negado también. Tuvo que desistir, quedando gravemente contuso en la refriega. En tal estado qué remedio? á cualquiera de los revendedores con nuestra moneda, bien que no tuviesen, como ya sabíamos, mas que billetes de tendido. Al tendido, pues! Al plebeyo é incómodo tendido, so pena de volverse á casa sin ver la plaza, que era obra, habiendo arribado hasta sus muros!

Continuaré.

ARONA.

## MUSEO DE ANTIGUEDADES.

A. En los antiguos monumentos romanos ten- ga ó no punto, significa *Aulas*, *Aula*, *Augustus*, *Augusta*, *Augustalis* (es decir, imperial); *annus*, año; *argentum*, *aurum*, plata, oro; *ager*, campo; *amicus*, amigo; *anima*, alma; *album*, registro; *aes*, medalla, bronce, dinero; *aerarium*, tesoro público; *aedes*, templo, casa, *aedilis*, edil. — Dos AA significan *Duo Augusti*, dos Emperadores; *augustales*, pertenecientes al emperador; *apud aegrum*, en el campo; *aurum et argentum*, oro y plata. — Era letra numeral entre los Griegos, y designaba la unidad. — Los jueces romanos, cuando daban su voto por escrutinio, usaban de tres clases de tabletas: en una se veía la letra A, y significaba *absolvo*, absuelto; en otra la letra C, y significaba *condemno*, condena; en otra había una N y una L, y significaban *non liquet*, ampliase la instrucción de la causa. Llamábase por esto la *A letra de salvación*. —

AB. Nombre del quinto mes del año sagrado entre los Hebreos, undécimo de su año civil. La luna de julio.

ABACA. Mesa sin pic, adherida á la pared: usábase, preparada de varios modos, para hacer cuentas y trazar figuras geométricas. Algunas tenían ranuras horizontales y paralelas en las que se colocaba una especie de bolines que se adelantaban y retiraban según la necesidad. Una línea contenía las unidades, otra las decenas, otra las centenas, &c.

ABDICACION. Era de dos modos entre los antiguos. Voluntaria y forzada. — Los padres *abdicaban* también sus hijos: pero no lo podían hacer sin que mediase la autoridad. Se necesitaba un procedimiento solemne y jurídico ante los magistrados á quienes estaba atribuido el conocimiento de las causas de abdicación; y pronunciada la sentencia, se daba al público por medio de pregones. Cuando el pa-

dre quería recibir de nuevo al hijo abdicado, podía hacerlo, mas ya no le era lícito volver á abdicarle. (*Atenas*.)

La abdicación de los hijos se introdujo en Roma, pero fué reprobada por la ley.

ABIB. Nombre de un mes de los Hebreos. Lo mismo que Nisan.

ABLUCION. (*Al artículo PURIFICACION*.)  
ABOLLA. Ropaje ancho y largo, en forma de manto, que usaban algunos filósofos antiguos.

ABROGACION. Anular una ley *integra*, pues por la *Derogacion* no se hacía mas que suspender los efectos de alguno de sus artículos, ó lo que es lo mismo, conservar parte de la ley anulando otra.

ACADEMIA. Parque, jardín, sitio de recreo á las puertas de Atenas, que había pertenecido á un ateniense llamado Academia, á Ecademo, hombre amante del bien público. Lo destinó á sepultura de los Heroes que muriesen lidiando por la patria. Este jardín fué embellecido despues con fuentes, bosques artificiales, y árboles de todas clases. Nada se economizó para darle un aspecto magnífico. En tal estado vino á ser del dominio de Platon, el cual reunió allí á sus amigos y discípulos, los ciudadanos mas honrados de Atenas, á quienes dió el nombre de *académicos*.

Cuéntanse tres *Academias* principales en la antigua Grecia: la de Platon, la de Arzsilao, y la de Carnéades. La fundación de otra *Academia*, la cuarta, se atribuye á Filon: la de la quinta á su discípulo Antiocho.

Ciceron dió el nombre de *Academia* á una hermosa casa de campo que tenía entre el lago Averno y Puzolo. Allí escribió la mayor parte de sus obras filosóficas, y entre otras las *Cuestiones académicas*.

(Continuará.)

INDICE DE ESTE NÚMERO. — D. Pelro el Gruel: (Conclusion). — Los Cruzados en Venecia: (Continuación). — Trajes del Siglo XII en Francia: (Grabado). — Sobre el origen del Arte de escribir. — Ambas á dos: (Romance). — Memorias del Conde de Rostoptchine. — Dos de Maya. — Á nuestros Suscritores. — Madrid pintoresco: (Grabado). — Mis desgracias en una tarde de Toros. — Museo de antigüedades. —

Editor responsable — A. GUERRERO.

MADRID: 1839. — IMPRENTA DE LOS HIJOS DE DOÑA CATALINA PIÑUELA,  
calle del Amor de Dios, número 7.